

haberle dado una patada a todo eso, haber escrito más libremente sin preocuparme de todo esto. Lo saben porque lo saben y yo no tengo que dar explicaciones. Esto es lo que tiene que haber sido, pero yo soy muy responsable...

—*Es el profesor que hay en ti...*

—Sí, es el profesor, efectivamente, es que al lector hay que explicarle, es absurdo. Sí, está muy bien visto porque esa era la interferencia del profesor que le dice al escritor, «Tienes que ser responsable y explicar las cosas».

—*Pero ha salido muy bien, aunque te hayas roto la cabeza con ello. Me interesa mucho la figura de Belmiro Ventura, porque como muchos de los personajes de tus obras, tiene o tenía grandes proyectos: quería escribir una novela histórica, una biografía de su antepasado conquistador, y la tesis, pero no llega nunca a cumplir ninguno de sus proyectos porque se pierde en el laberinto de su biblioteca con sus libros y apuntes que no llevan a ninguna parte. ¿Se le podría considerar a Belmiro como figura que representa a los intelectuales, o quizá a los críticos literarios?*

—Belmiro es una persona que respeto muchísimo, porque es un poco la figura del sabio, esto es muy europeo, que de algún modo ha expulsado la vida, ha expulsado los sentimientos para poder ser solamente sabio, para poder ser solamente intelectual, como si la biblioteca fuera autosuficiente, como si los libros fueran válidos. Como Don Quijote antes de volverse loco. Porque Don Quijote se vuelve loco y entonces se lanza a la vida, pues abre las puertas de su biblioteca y entra en la vida, se lanza de la biblioteca a la vida. En tanto que a Belmiro Ventura le pasa algo parecido. Se encierra en una biblioteca como Quijote más o menos. Belmiro es el fracaso del saber, pero no solamente el fracaso, también es el triunfo del saber. El fracaso viene cuando el saber no se complementa con la vida.

—*De tu última novela, El guitarrista, J. M. Pozuelo Yvancos, en ABC ha dicho que ésta es «Sin duda, la mejor novela de Luis Landero». ¿Tienes una favorita de las cuatro novelas y Entre líneas que has publicado?*

—Sí, son cuatro novelas y media. Escoger una favorita, no sé... La verdad es que una vez que termino un proyecto, casi me olvido de él. Mi enfoque está siempre en lo que hago en el momento. Pero yo creo que *El guitarrista* y *Juegos* y también *Entre líneas* son las que más me gustan. Es que tengo mucho cariño a *Entre líneas*, y a *Juegos* por ser la primera. Pero *El guitarrista* es la novela que siempre quería escribir, pero no estaba preparado o algo así. Y fue casi la más fácil de escribir, tenía la sensación de que se escribía a sí misma.

—*Emilio de El guitarrista es el protagonista más joven de todos los de tus novelas y noto, un cambio respecto a tus otras novelas, en que el fracaso de Emilio como guitarrista u hombre maduro, no se narra. Sólo se cuenta lo del engaño amoroso a manos de Adriana y don Osorio...*

—Es que no se sabe si ha sido un engaño o si Adriana inventó toda esa historia, por miedo o por protegerlo. Eso lo he dejado muy ambiguo.

—*Yo tenía la sensación de que sí, ella y su marido habían estado jugando con Emilio todo ese tiempo, y lo que le hacen al pobre con el triángulo amoroso es terrible...*

—Es tremendo lo que le hacen, es tremendo. Así es como había escrito la primera versión del final, había añadido un epílogo clarificando que efectivamente habían utilizado al pobre por su propio entretenimiento, como en un juego. Pero luego quité el epílogo porque me parecía que era mejor dejarlo así un poco abierto.

—*Has dicho en otra entrevista [Qué Leer] que con esta última novela empiezas un nuevo ciclo de novela. ¿En qué consiste este nuevo ciclo?*

—Sí, con *El guitarrista* vuelvo más a la adolescencia. Los adolescentes son tan apasionados, todo lo viven muy intensamente. Y creo que ahora vuelvo más a la infancia, a los recuerdos de la infancia. La próxima novela será sobre eso, la infancia.

—*Parece que tu novela más reciente es la más autobiográfica de todas: el protagonista toca la guitarra, estudia en una academia nocturna, y es aprendiz en un taller mecánico, todas son cosas que hiciste en tu juventud. Y en tus novelas varios protagonistas comentan que toda creación artística parte de un recuerdo o una experiencia vivida, a la que luego se añade*

*la imaginación. ¿Cómo sabes cuánto poner de cada «ingrediente», experiencia e imaginación en tus novelas?*

—Es que no se trata de una receta. Es un poco la razón y un poco la intuición. En el proceso de escribir a veces la intuición te resuelve algo que la razón no puede, y de repente se te viene a la mente la solución a algún problema que andabas intentando resolver con la razón. Sueño con mis libros y a veces imágenes o frases me vienen en los sueños.

—*Esa combinación de razón e intuición ha producido una obra muy bien recibida. El crítico Rafael Conte de El País ha dicho que eres «quizá el mayor “narrador nato” español de los últimos años». ¿Qué reacción tienes a tal elogio?*

—Es que, eso de «narrador nato», no sé qué significa. O sea, ¿cómo es distinto eso a ser escritor? Es que los críticos, a veces dicen cosas para decir algo, como tienen que comentar, pues inventan frases así, es parte de su trabajo.

—*Dado el éxito con los críticos y lectores que has tenido, ¿sientes más presión ahora al entregar un manuscrito nuevo que con tu primera novela, o menos?*

—No, no siento presión. Con la segunda [*Caballeros de fortuna*] sí, pero ya no. Con la primera novela, no pensaba en el éxito ni en si le iba a gustar a nadie, estaba más libre. Pero ahora no me preocupo por la opinión de los otros; cuando escribo, si pienso en alguien es en mis lectores leales.

—*¿Escribes entonces por ellos?*

—No, ni por los lectores ni los críticos ni nadie. Escribo por mí mismo, porque tengo que escribir. Es mi manera de expresarme.

—*¿Cómo ves el lugar que ocupa tu obra en la narrativa contemporánea española?*

—*¿Acaso pensabas que yo iba a saber eso? ¿Cómo voy a decir yo eso?*

—*Vale, aquí va otra. Comparando la novela de la postguerra y su contexto sociopolítico, con la novela y el ambiente de hoy, es evidente que ha*

*habido un gran cambio. En cuanto a la censura, parece que ahora no hay en absoluto, pero ¿cómo lo ves tú?*

—Yo creo que la calidad literaria no depende del régimen político en que uno ha vivido. En todo caso eso pertenecería a la sociología de la literatura.

*—Pero la libertad de expresión sí entra.*

—En momentos precisamente de dictadura es cuando a veces se abren caminos, el escritor encuentra caminos de libertad insólitos; caminos, fugas desesperadas. Podemos ver que en los siglos XVI-XVII España no fue ningún modelo de libertad, sin embargo esos escritores supieron encontrar sus caminos. Es que no sé hasta qué punto mezclar ambas cosas; la literatura es un acto de supervivencia, el escritor sobrevive en condiciones tremendas. Fíjate en los diarios que a veces se han escrito en los campos de concentración nazis. Una cosa es la democracia, que es un arte de convivencia, nada más; o sea es un modo de convivencia, es un contrato social. Pero esa libertad pública que hay, no tiene nada que ver con la libertad individual del escritor. Sí en el periodismo, sí en ciertos libros que son crónicas, que son periodismo de investigación, etc. Pero en lo que es escribir poemas, escribir novelas y demás, no sé. En todo caso la dictadura es mala siempre, es mala porque además desmoraliza. Entonces el escritor sabe que a lo mejor su libro puede ser censurado y puede no publicarse. Y la dictadura es mala desde ese punto de vista; pero la libertad garantiza buenos escritores.

*—Claro que no, no se trata de calidad. Me refiero a si, en el momento de sentarse a escribir en el pasado, si se tenía que considerar como de antemano, las posibilidades de ser censurado...*

—No, perdona que te interrumpa, April, como se ha dicho alguna vez, lo peor no es la censura sino la autocensura. Eso es lo peor, realmente, cuando uno se contamina, de algún modo asumes la censura política que hay por la dictadura, de un modo más o menos inconsciente; entonces a la hora de escribir no eres libre. Esto es terrible. Y quizá más que la censura ha sido la autocensura. Pero no porque el escritor piense, «¿Me van a publicar esto, no me lo van a publicar, qué va a decir el censor, qué no va a decir?» No, el problema es cuando hay una perversión, una verdadera perversión, y llega el momento en que el ciudadano, el escritor-ciudadano, sin